

JOHANN GOTTLIEB FICHTE

**PLAN RAZONADO PARA ERIGIR EN BERLÍN UNA INSTITUCIÓN DE
ENSEÑANZA SUPERIOR QUE ESTÉ EN CONEXIÓN APROPIADA CON
UNA ACADEMIA DE LAS CIENCIAS**

(ESCRITO EN 1807 / PRIMERA EDICIÓN EN 1817)

SECCIÓN PRIMERA: CONCEPTO GENERAL DE UNA INSTITUCIÓN DE ENSEÑANZA SUPERIOR TAL COMO LO EXIGEN LAS NECESIDADES DE LA ÉPOCA

§1

Cuando surgieron las primeras universidades aún no se había erigido la mayor parte del edificio científico del mundo moderno. En general no había muchos *libros*, los pocos que había eran escasos y difíciles de adquirir, y el que tenía algo nuevo que comunicar no caía en la tentación de hacerlo en primer lugar mediante la difícil vía de la literatura. De este modo, la *propagación oral* se convirtió en el medio generalmente más utilizado para la fundación, el mantenimiento y el enriquecimiento del edificio científico, y las universidades se convirtieron en el sustituto de los escasos o inaccesibles libros.

§2

Después de que, mediante la invención de la imprenta, los libros se volvieran muy comunes y la extensión de las librerías hiciera mucho más fácil para todos comunicarse por medio de escritos que mediante conferencias orales; después de que ya no hubiera ninguna rama de la ciencia acerca de la cual no existiera incluso una superabundancia de libros, sin embargo, aún se encontraba uno en la obligación de *presentar una vez más* las obras completas del mundo en las universidades, y de hacer recitar a los profesores lo mismo que ya estaba impreso ante los ojos de todos. Como de este modo la misma cosa estaba disponible en dos formas distintas, la pereza hacía que se desatendieran, por una parte, las clases *orales* —puesto que lo mismo se podía leer en cual-

quier otra ocasión en los *libros*—, y también se descuidara la cultura libresca —pues siempre se podía volver a escuchar lo mismo en las lecciones—. Lo que condujo a que, salvo raras excepciones, no se aprendía sino lo que por casualidad quedaba en cada uno por una de las dos vías y nada en su totalidad, sino solo fragmentos sueltos. Esto condujo finalmente a que la ciencia, considerada como algo que se puede conseguir a discreción y en cualquier momento de la manera más fácil, cayera en un profundo desprecio entre los «semisabios» que surgían de esta forma. Ahora bien, de los dos métodos de enseñanza mencionados, el preferido es el estudio personal de los libros, pues el libro permanece independiente de la atención que se le presta y allí donde esta se desarrolla puede ser leído de nuevo y lo que no se entiende inmediatamente puede ser pensado una y otra vez hasta conseguir un pleno entendimiento; la lectura puede continuar también a discreción mientras uno se sienta con fuerzas, o interrumpirse cuando estas nos abandonan. Por el contrario, generalmente el profesor continúa su discurso durante toda la clase sin reparar en si alguien le sigue, lo interrumpe cuando llega la hora y no la reanuda hasta que le toca otra clase. Como consecuencia de esta situación —en la cual les es imposible a los alumnos intervenir de alguna forma en el curso de la disertación de su profesor o de interrumpirla si lo encuentran necesario— se introduce en ellos el abandono pasivo como regla, se aniquila el impulso de la propia actividad y se les arrebató a los jóvenes incluso la posibilidad de servirse del segundo medio de enseñanza, de los libros, con una atención libre y activa. Y así nos encontramos —por no hablar de lo costoso de esta organización para el común y para los particulares, ni tampoco de la corrupción de las costumbres que de ello resulta— debido al mantenimiento de un *medio de urgencia* mucho después de que la urgencia desapareciera, lo que nos ha imposibilitado para el uso del *medio verdadero y mejor*.

§3

Para no ser injustos ni tampoco superficiales, debemos añadir, sin embargo, que las universidades más modernas han tenido, en mayor o menor medida, aparte de esa *repetición* de los contenidos de los libros existentes, otro elemento constitutivo más noble, a saber, el principio

del mejoramiento de los mismos. Hubo espíritus independientes que, en cualquiera de las materias del saber, no se contentaban con el contenido de los libros, bien conocido para ellos, pero que aún no disponían de aquello que los contentaría para incluirlo en un libro nuevo que mejorase a los anteriores. Estos se comunicaban su lucha en pos de lo más perfecto provisionalmente en forma oral o bien para aclararse ellos mismos con respecto al libro proyectado mediante este intercambio con los demás o, en caso de que en este esfuerzo les abandonasen las fuerzas espirituales o la vida, para dejar en su puesto un seguidor que produjera el libro planeado o, en su lugar, uno aún mejor bajo las mismas premisas. En lo que se refiere a este elemento, no puede negarse que ha sido desde siempre, con mucho, el más escaso en todas las universidades; que ninguna administración ha tenido a mano el medio ni siquiera de garantizar su posesión ni de saber con claridad si lo tiene o no; e incluso ese pequeño elemento, cuando por fortuna ha existido alguna vez, raramente ha obrado y ha dominado con un claro conocimiento de su propio esfuerzo y de las reglas a las que debía atenerse.

§4

La repetición —en primer lugar, superflua, y por ello, también, perniciosa— de lo mismo que existe en otra forma mucho mejor no debería existir en absoluto. Por consiguiente, las universidades, si no pueden ser otra cosa, deberían ser suprimidas de inmediato. A las personas deseosas de aprender se les indicaría el estudio de los escritos existentes. Estos institutos tampoco podrían contar con ningún apoyo alegando la presencia de los elementos más nobles mencionados con anterioridad, pues en ningún caso determinado (en ninguna universidad dada) es capaz esta parte noble de rendir cuentas de sí misma, ni de probar su existencia ni de garantizar la continuidad de la misma. E incluso si esto no fuera así, debería eliminarse la peor parte, la mera repetición de los libros. Así como todo lo que reclama un derecho a la existencia tiene que *ser y rendir*, lo que no es ni rinde *nada* de sí tampoco garantiza su perseverancia en el ser ni su pervivencia imperecedera; así debe ser también para la universidad o para la *academia*, como diremos provisionalmente en el sentido antiguo de la palabra; o, de lo contrario, ella debe desaparecer.

§5

Lo que —en el sentido de esta exigencia superior de existencia— pueda ser la academia y, en caso de que deba serlo, tendrá que ser, se pone de manifiesto tan pronto como se considera la relación de las ciencias con la vida efectiva.

No se estudia para poner en palabras lo aprendido como si fuéramos a examinarnos constantemente a lo largo de la vida, sino para aplicarlo al caso que ocurre en la vida y transformarlo así en *obras*; no para repetirlo solamente, sino para hacer algo con ello y a partir de ello. Por consiguiente, el fin último no es aquí, en modo alguno, el saber, sino más bien el arte de usar el saber. Ahora bien, este arte de la aplicación de la ciencia a la vida presupone otros elementos constitutivos ajenos a la academia, como el conocimiento de la vida y la práctica de la facultad de juzgar acerca del caso de la aplicación, de los cuales no se habla en principio. Pero sí es pertinente la cuestión del modo en que se puede adquirir la ciencia misma como un instrumento y una propiedad que se configura libremente y de modos infinitos de suerte que sea posible una aplicación pronta a la vida aunque esta se conozca por otros medios.

Evidentemente, esto solamente ocurre si desde el comienzo se adquiere dicha ciencia con una conciencia clara y libre. Entiéndasenos bien: en nuestro espíritu hay mucho que se hace por sí mismo y se acopla al mismo en virtud de un mecanismo ciego que permanece oculto incluso para nosotros. Lo que se produce de este modo no está penetrado de una conciencia libre y clara ni es una propiedad nuestra segura a la que podamos apelar continuamente, sino que retorna y desaparece según las leyes de ese mecanismo oculto de acuerdo con el cual fue dispuesto en nosotros desde el comienzo. En cambio, lo que nosotros comprendemos con la conciencia de que lo aprendemos activamente y con la conciencia de las *reglas* de esta actividad de aprendizaje, se convierte, como consecuencia de esta actividad propia y de la conciencia de sus reglas, en un elemento constitutivo propio de nuestra personalidad y de nuestra vida, que se desarrolla libre y según nuestra voluntad.

La libre actividad de comprender se denomina entendimiento. En el aprendizaje mecánico mencionado en primer lugar no se utiliza el entendimiento en absoluto, sino que domina solamente la naturaleza

ciega. Pero si, por su parte, aquella actividad del entendimiento y los modos determinados en que procede para comprender algo *se elevan a clara conciencia*, surgirá un arte meditado del uso del entendimiento en el aprendizaje. El desarrollo artístico de aquella conciencia de los modos de aprender —en el aprendizaje de cualquier dato— abordaría en principio, sin perjuicio del aprendizaje que se prescribe en la actualidad, no tanto el aprendizaje, como la formación de la capacidad de aprender. He dicho sin perjuicio del aprendizaje que se prescribe en la actualidad, sino más bien para su mayor ventaja; pues solo se conoce a fondo y no se olvida aquello que uno sabe cómo fue adquirido. Así pues, si no solo se aprenden los datos, sino que además se aprende y se practica el arte del aprendizaje en general, se desarrolla la *aptitud* para aprender todo lo demás al infinito de manera fácil, segura y a voluntad. Y así surgen *artistas* en el aprendizaje. Finalmente, todo lo aprendido y lo que quede por aprender pasa a ser propiedad segura del hombre, a la que puede recurrir cuando quiera, y de este modo se consigue y se cumple la condición primera y exclusiva del uso práctico de la ciencia en la vida. La institución en la que se desarrolla reflexivamente y de acuerdo con reglas la conciencia descrita y en la que se practica el arte encaminado a ella sería lo expresado en la siguiente denominación: *una escuela del arte del uso científico del entendimiento*.

Si bien en las universidades hasta ahora existentes surgieron en ocasiones hombres de espíritu rico, que han conducido a los alumnos en un ámbito determinado de la ciencia de acuerdo con el espíritu del concepto expuesto anteriormente, sin embargo, ha faltado muchísimo para que se pensara claramente y se propusiera la realización de este concepto en general con seguridad, firmeza y leyes infalibles, y más aún para que se llevara a cabo en algún lugar. Y por eso la obtención y el acrecentamiento de la formación científica en el género humano ha sido un premio de la buena suerte y de la ciega casualidad, de cuyas manos únicamente podrían ser arrancados bajo la tutela de la conciencia clara mediante la presentación del mencionado concepto. Y así, la realización efectiva de este concepto es, en relación con la esencia científica eterna, lo que ahora está a la orden del día y la academia, que se encuentra agredida incluso en su existencia, haría bien en acometer esa obra, pues ella ya no tiene el derecho de seguir existiendo como ha existido hasta ahora.

§6

Pero incluso la unicidad y exclusividad de esta posesión, que la academia se arroga, será disputada por otra, a saber, por la escuela inferior. Esta, que tal vez por esta circunstancia se acaba de poner en claro acerca de su verdadero ser, alegará que, antes de los tiempos de la nueva cháchara pedagógica, ella ya había sido una escuela del arte del uso científico del entendimiento mucho mejor y preferible a cualquier universidad. Con lo cual la academia tiene que encontrar, antes que nada, una delimitación con la escuela inferior.

Esta delimitación se encontrará, sin duda, para satisfacción de ambas partes, en que la escuela inferior se haga cargo del arte de poner en práctica el instrumento general de todo entendimiento, la lengua, y del equipo y la armazón general de la materia existente del edificio de la ciencia sin crítica; y, en cambio, la escuela superior reciba como propiedad exclusiva el arte de la crítica, las perspectivas de lo verdadero y lo falso, de lo provechoso y lo inútil, la subordinación de lo menos importante a lo más importante. Por lo que la primera se convertiría en la escuela del uso científico del intelecto como una mera facultad de comprender o de memorizar, y la segunda, en la escuela del uso del entendimiento como una facultad de enjuiciamiento.

§7

La aptitud artística solo puede ser formada si el alumno trabaja por sí mismo de acuerdo con un plan determinado por el profesor y bajo la mirada de este y si practica el arte en el que llegará a ser maestro regular y progresivamente en todos sus niveles, desde el principio hasta la maestría, sin saltarse ninguno. Según nuestro objetivo, es el arte del uso científico del entendimiento el que ha de ser practicado. El profesor solamente da el material y anima a la actividad; el aprendiz elabora él mismo ese material; pero el profesor ha de estar en situación de poder observar si y cómo el aprendiz elabora este material para que pueda medir, de acuerdo con el modo de elaboración, su nivel de aptitud y calcular el nuevo material que ha de suministrarle.

No solo el profesor, sino también el alumno, tienen que expresarse continuamente y comunicarse de modo que su mutua relación de aprendizaje se convierta en una conversación continuada en la cual

cada palabra del profesor sea la respuesta a una cuestión previamente planteada por el estudiante y la presentación de una nueva pregunta del profesor a aquel, que él responderá a continuación. Y así el profesor no dirige su discurso a un sujeto que le es completamente desconocido, sino a uno que se le va revelando hasta la completa transparencia, hasta el punto de que él percibe sus exigencias inmediatas y se detiene en lo que el estudiante no ha comprendido, explicándoselo de una manera y luego de otra, y pasa sin demora al tema siguiente si el estudiante lo ha comprendido. Y, de esta forma, la enseñanza científica, en lugar de ser un discurso continuo, que también se puede encontrar en un libro, se convierte en una forma dialogada y así se erige una verdadera academia en el sentido de la escuela socrática, en recuerdo de la cual nos hemos servido precisamente de esta palabra.

§8

Hemos dicho que el profesor ha de retener en su visión un sujeto determinado, firme y estable, que le sea siempre conocido. Ahora bien, en el caso de que, como es de esperar, ese sujeto no conste solo de un único individuo, sino de muchos, entonces, puesto que el sujeto del profesor debe ser una unidad determinada, esos individuos se tienen que fundir en una unidad espiritual, en un cuerpo estudiantil orgánico único y determinado. Por eso deben permanecer entre ellos en una vida de continua comunicación e intercambio científico en la cual cada uno le muestre a los demás la ciencia desde el lado desde el que él, como individuo, la comprende, de modo que la mente más ligera ceda a la más grave algo de su velocidad y esta le preste a la primera algo de su calmada gravedad.

§9

Para ilustrar mejor nuestro concepto fundamental mediante una discusión más amplia: el material que el maestro le proporciona al discípulo de su arte es, por una parte, sus lecciones y, por la otra, los libros impresos, cuyo estudio ordenado y reglado le encomienda. Puesto que en la intención del último una parte capital del arte científico reside en poder instruirse mediante el uso de los libros, e incluso se debe proporcionar una introducción a ese arte, de ahí se sigue que en una academia

tal la mayor parte de la materia científica debe aprenderse de los libros, como se verá más adelante.

Ahora bien, los modos en que al maestro se le revela su alumno son los siguientes:

Examina, no en el espíritu del saber, sino en el del arte. En este espíritu, toda pregunta del examinador en la que se pida como respuesta que el estudiante repita lo que ha oído o ha leído es inadecuada y contraria a fin. Más bien la pregunta debe convertir lo aprendido en una premisa y la respuesta deseable sería la aplicación de esa premisa en una consecuencia cualquiera.

Conversatoria, en la cual el estudiante pregunta y el profesor vuelve a preguntar sobre la pregunta y así surge un diálogo socrático expreso en el seno del continuo e invisible diálogo de la vida académica en su totalidad.

Resolución de problemas por escrito, siempre en el espíritu del arte y, por tanto, que el estudiante no repita lo aprendido, sino que deba hacer algo con y a partir de ello de modo que quede claro si y hasta qué punto el estudiante lo ha recibido como propiedad e instrumento suyos para cualquier uso. El inventor natural de tales tareas es el maestro, pero también el estudiante experimentado debe ser requerido para que las piense y las proponga tanto para sí mismo como para los demás. Mediante esta elaboración escrita se practica al mismo tiempo el arte de la expresión escrita en materia científica y, por tanto, el maestro debe exponer su juicio acerca del orden, la determinación y la claridad de sentido en la exposición¹.

¹ Tal vez no sería superfluo agregar expresamente a los mencionados problemas, que exploran la autonomía de la comprensión, la observación de que ellos se puedan plantear no solo en la parte apriorística de la ciencia, sino también en las ciencias completamente empíricas. En la filología, en la teología, etc., es bien conocido que estas materias ofrecen a las propias dotes de combinación y a la crítica conjetural un campo casi ilimitado en el cual, aunque el rendimiento no sea de importancia, se practica y documenta la autonomía del espíritu. Pero también el maestro de historia universal, podría, creo yo, fingir un acontecimiento que no ha ocurrido en realidad y plantear a su auditorio que muestre qué se hubiera seguido verosímelmente de él en tales o cuales circunstancias del mundo que él ha estudiado; o el de derecho romano podría inventar un caso y encargar a su auditorio que indicara, de toda la legislación romana, la ley que, surgida de ella, mejor se adapta orgánicamente a ese caso. Del